LA ESTRELLA

REVISTA MENSUAL INTERNACIONAL

Editada por Doña Guadalupe Gutiérrez de Joseph

DIRECTOR	ADMINISTRADOR	TESORERO
D. FRANCISCO ROVIRA	D. LUIS GARCÍA LORENZANA	D. MÁXIMO MAESTRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

EN ESPAÑA: Un semestre................ 3 ptas.
Un año...................... 6 »

EN MÉXICO: Un trimestre............ $ 0,75
Un semestre............ » 1,50
Un año.................. » 3,00

Para los demás países, el precio será de un dollar cincuenta centavos, y sólo se servirán suscripciones anuales

= **NÚMERO SUELTO, 60 CTS.** =



Año II. • Número 2 **Mes de febrero de 1929**

SUMARIO

SECCIÓN INTERNACIONAL

SECCIÓN DE REVISTA



OTRA. Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 10 de Agosto de 1928.

La correspondencia a la Editora de esta Revista, Sierpes, 78, SEVILLA

6

SECCIÓN INTERNACIONAL

Poemas de J. Krishnamurti

¡OH, AMAD LA VIDA!

¡Oh, amad la Vida! Ni el principio ni el fin saben de dónde viene.

La Vida no tiene principio ni tiene fin. La Vida ES.

* * *

En la plenitud de la Vida no hay muerte ni existe el dolor de la gran soledad. La voz de la melodía, la voz de la desolación, la risa y el grito plañidero son tan sólo la vida que va hacia la plenitud.

* * *

Mira en los ojos de tus semejantes y deja que te inunde la paz de la Vida. Allí está la inmortalidad, la eterna y siempre cambiante Vida.

Hay eternamente una gloriosa variación en el monótono correr del día y de la noche.

* * *

Para el que no está enamorado de la Vida, no existe la inmortalidad, va agobiado por la carga de la duda y el desamparo y el terror de la vasta soledad.

Todas las cosas tienen la grandeza de la Vida. Dichoso aquel que ha descubierto la fuente de todo, y que está en paz consigo mismo y con toda cosa por toda la eternidad.

* * *

No améis tan solamente. Amad la Vida y entonces vuestro amor no conocerá la corrupción. Amad la Vida y vuestro juicio os sostendrá. Amad la Vida y nunca más os desviaréis de la senda de la comprensión.

* * *

Así como se han dividido los campos en parcelas, el hombre ha dividido la Vida y con ello ha creado el dolor.

* * *

No reverenciéis los antiguos Dioses ante sus altares llenos de incienso y de aromadas flores, sino alejaos. Amad la Vida con regocijo grande, clamad en éxtasis de alegría. No hay nada que interrumpa la danza de la Vida.

* * *

Venid, venid a mí. Yo soy esa Vida, inmortal, libre, esa es la Vida a la que yo canto, ¡la fuente de la inmortalidad!

LA VERDAD NO ES BUENA NI MALA

La Verdad no es buena ni es mala, no es amor ni es odio, ni es la pureza ni la impureza; la Verdad no es sagrada ni es profana, no es sencilla, mas tampoco compleja; no es la Verdad del cielo, pero tampoco es de los infiernos; ella no es moral ni es inmoral; no es de Dios la Verdad y no es del diablo, ni es la virtud ni tampoco es el vicio; no es el nacimiento, no es la muerte, ni tiene religión ni carece de ella.

La Verdad es como las aguas, vaga siempre, no tiene sitio de descanso. La Verdad es Vida.

Y yo vi cómo la montaña bajaba hasta los valles.

QUE LA COMPRENSIÓN SEA VUESTRA LEY

(CONCLUSIÓN)

PREGUNTA.—Se dice que con vuestra venida la evolución se acelera en todos los seres, y que el número de iniciados en el mundo aumentará rápidamente. Pero vos nos decís que estas etapas en el sendero son innecesarias y que la liberación puede alcanzarse en cualquier grado de la evolución.

KRISHNAMURTI.—Yo digo que la liberación puede alcanzarse en cualquier grado de la evolución por un hombre que comprenda, y que el culto que tenéis a los grados no es esencial. De la misma manera que tenéis vanidad en el mundo externo y reverenciáis los títulos aristocráticos, así tenéis también vanidad espiritual; no hay mucha diferencia entre las dos. Por lo tanto, debéis desarrollar vuestra comprensión y vuestro deseo de llegar, y olvidar todos los grados y los individuos que tienen esos grados. ¿De qué valor serían para vosotros?

Porque perdéis de vista la meta de la vida, porque no deseáis alcanzarla urgentemente, con toda vuestra vitalidad y energía, estas etapas, con sus etiquetas, os cercan y os retienen en cautiverio. Colocáis un juguete delante de un niño para animarle a andar, pero el niño que es juicioso no adora al juguete, porque su deseo es andar. Vosotros ya no sois niños. Y sin embargo, estáis adorando un juguete. Yo os digo que la vida es demasiado seria para jugar con ella, y, como ya he dicho, el tiempo ha llegado en que debemos decidir si vamos a ser como niños que admiran los juguetes o como hombres y mujeres formados que quieren dejar a un lado todas las cosas infantiles a fin de encontrar la Verdad. El encontrar y el establecer la verdad dependerá de nosotros mismos y de nadie más. Si yo os destruyera todas vuestras presentes muletas, inventaríais otras para satisfacer vuestro anhelo de soportes, inventaríais otras fantásticas ideas. Diréis que yo no creo en todas estas cosas. Ni creo ni dejo de creer. Para mí tienen poco valor comparadas con la más preciosa joya del mundo, que es la vida.

Vosotros podéis alcanzar la liberación en cualquier grado de la evolución si tenéis un ardiente deseo de alcanzarla, si anheláis desechar las cosas no esenciales y os asís con el ansia del que va a ahogarse, a las cosas vitales, esenciales. Y para determinar aquello que es esencial y vital debéis observar, debéis estar alerta para ver todas las cosas que os rodean. La Vida es una trama tejida con los comunes acontecimientos de la vida diaria, y si vosotros no los utilizáis, dejaréis de percibir el objeto de las pequeñas cosas, con las cuales se construyen las grandes.

PREGUNTA.—Se nos ha dicho que la Madre del Mundo se manifestará para completar vuestro trabajo, y que el discípulo por medio del cual ha de trabajar ha sido ya elegido. Vos nos decís que esas distinciones de macho y hembra no existen en la Verdad porque la Vida es una.

KRISHNAMURTI.—Yo digo que la Vida es una, aunque las expresiones de la Vida sean múltiples. En la Verdad no hay machos ni hembras. ¿Cómo podría ser? Vos tenéis un cuerpo diferente del mío; pero ¿no tenéis las mismas aflicciones, las mismas penas, las mismas ansiedades y las mis-

mas dudas? Lo que vosotros necesitáis es tener una mente limpia y un amoroso corazón, y entonces todas esas cosas no os importarán. Nadie más que vosotros va a completar mi trabajo. Vosotros podéis pervertirlo, corromperlo, o mantenerlo puro. Nadie es necesario para completar mi trabajo, excepto vosotros mismos. Quizás lo que os digo no os acomode, y por lo mismo, necesitéis otra imagen para adorarla; y vosotros tendréis esa imagen, de vuestra propia confección, ya sea ésta u otra. Mientras no queráis la Verdad en su absoluto sentido; mientras no queráis la libertad, inventaréis para vosotros mismos muchas frases, muchas imágenes, muchas etiquetas, y os perderéis en las complicaciones de las filosofías y los credos. Si deseárais la Verdad, como un hombre sofocado desea aire, entonces no necesitaríais todas estas complicaciones. Os encontráis más satisfechos con cosas fáciles, placenteras, suaves, que afrontando la dura lucha con vosotros mismos, comprendiéndoos a vosotros mismos, y progresando de este modo.

No me citéis en lo sucesivo como una autoridad. Me niego a ser vuestra muleta. No vais a meterme en una jaula para adorarme. Cuando traéis el aire fresco de la montaña y lo metéis en en un pequeño cuarto, la frescura de aquel aire desaparece y hay estancamiento; y ningún hombre que sea juicioso permitirá ser cogido en esas cosas que pervierten y conducen al estancamiento de su mente y de su corazón. Como yo soy libre, como yo he encontrado esa Verdad que es ilimitada, sin principio ni fin, no quiero ser condicionado por vosotros. Podéis arrojarme de vuestros corazones y de vuestras mentes, pero no seré utilizado como una muleta ni me encerraréis en la jaula de vuestras pequeñas estratagemas.

PREGUNTA.—Vos decís que no hay Dios; que no hay bien ni mal; que no hay ninguna ley moral. ¿En qué se diferencia, pues, vuestra enseñanza de la de cualquier materialista ordinario?

KRISHNAMURTI.—Mi enseñanza difiere enteramente de la del materialista, y si no la habéis percibido, lo siento por vos. No he dicho nunca que no hay Dios. He dicho que no hay más Dios que el manifestado en vosotros; y cuando hayáis purificado lo que hay dentro de vosotros, encontraréis la Verdad. Naturalmente que hay Dios; pero yo no voy a emplear la palabra Dios, pues ha adquirido un significado muy específico y estrecho. A algunos sugiere la idea de un fuerte puño crispado; a otros un ser con una gran barba; a otros una Suprema Inteligencia, Omnipotente, Omnisciente. Yo prefiero llamar a esto la Vida, porque ello os colocará más cerca de la Verdad; porque vosotros tenéis que habéroslas con esa Vida misma y no con la adoración de algún ser exterior, lo que sería engañaros a vosotros mismos. La Verdad, que es vida, es como el sol resplandeciente, y si sois cuerdos, abriréis vuestras ventanas a él; si no lo sois, echaréis vuestras persianas. Y si estuviérais enamorados de la vida, entonces estas imágenes no tendrían ningún valor.

«... que no hay bien ni mal.» Desde luego que no hay bien ni mal. Bien, es aquello de lo que no os asustáis; mal, es aquello de lo que os asustáis. Por tanto, si destruís el temor, habréis llegado espiritualmente; pero si estáis condicionados por el temor, como lo estáis, entonces existen el mal y el bien y la moralidad para manteneros en vuestras debilidades.

Cuando estéis enamorados de la vida, y coloquéis ese amor por encima de todas las cosas, y juzguéis por ese amor, y no por vuestro temor, entonces desaparecerá ese estancamiento que vosotros llamáis moralidad; entonces consideraréis cuánto amáis la vida, no cuánto mal, no cuánto temor existe en vuestro corazón. O más bien; juzgaréis por vuestro amor, no por vuestro temor. Sé que se os ha dicho que no juzguéis nunca; pero como siempre lo hacéis, ¿por qué no juzgar verdaderamente? Y para juzgar verdaderamente debéis estar enamorados de la vida, y entonces dejaréis por completo de juzgar. Porque no estáis enamorados de la vida, juzgáis por vuestras normas de moralidad; por el

bien y el mal; por el temor del cielo y del infierno, y así colocáis una barrera ante el amor, ante la comprensión de la vida.

PREGUNTA.—Algunos creen que mientras el Instructor del Mundo no tiene ningún interés en la fundación de una nueva religión, el Bodhisatva Maitreya con su mayor conciencia cósmica está interesado y sostiene todas las religiones y todos los credos.

KRISHNAMURTI. — ¡Oh, qué cómoda idea! ¡Cómo adoráis las palabras! Estáis enamorados de las etiquetas y no de la Verdad. ¿Qué queréis expresar por «conciencia cósmica»? ¿La Vida? ¿Cómo podéis dividir la Vida entre el Instructor del Mundo y el Bodhisatva? ¡Oh, gentes de poca comprensión! ¿Sabéis lo que implica vuestra pregunta? Que lo que os agrada lo atribuís al Bodhisatva, y lo que no os agrada, al Instructor del Mundo, o quizá a Krishnamurti. ¿Qué pensáis vosotros mismos? ¿Dónde está vuestra comprensión después de todos estos años? ¡Cómo os engañáis a vosotros mismos con todas estas palabras! Dividís la vida entre el Instructor del Mundo y el Bodhisatva, y lo que os place es uno, y lo que no os place es el otro, y si ninguno de los dos os acomoda, entonces es Krishnamurti. ¿Qué tiene que ver la Verdad con los términos «Instructor del Mundo», «Bodhisatva» o «Krishnamurti»? ¿Qué tiene que ver la Vida con estos nombres? Si ahora os dejáis llevar por mi autoridad, más tarde seréis llevados por otra autoridad cualquiera. Obedeceréis por autoridad y desobedeceréis por autoridad. No comprendéis el asunto. Queréis la comodidad en todo tiempo, y encontráis esa comodidad en las palabras, en la autoridad, en los dioses y en los dogmas.

Mas si pudiérais comprender que no hay comodidad sino comprensión, no os dejaríais apresar por las palabras, por las ideas, por los libros o por las sombras de los dioses que recordáis. ¡Cuán prestos estáis a juzgar sin conocimiento! ¡A aceptar sin comprensión!

PREGUNTA.—También se ha dicho que el Cristo trabaja esencialmente por medio de la Iglesia Católica Liberal y solamente parte de Su conciencia se manifiesta por medio de Krishnají. ¿Podríais darnos vuestra opinión acerca de ambos puntos?

KRISHNAMURTI.—Lo que os agrade lo aceptaréis, y lo que no os agrade lo rechazaréis. La Verdad, que es Vida, no tiene nada que ver con ninguna persona, con ninguna organización. Amigo, estáis jugando con esas cosas. Para vos no son vitales, mas para mí lo son. A mí me interesan la Verdad y el despertar en cada uno de vosotros el deseo de descubrir esa Verdad. A vos os interesa la conciencia de Krishnamurti. ¿Cómo podréis decir cuándo conoceréis a Krishnamurti o al Cristo? No sé quién os dice esas cosas, pero ¡cuán presos estáis en los adorables designios de las palabras! No me importan las organizaciones. No me importan las sociedades, las religiones, ni los dogmas; pero me importa la Vida, porque yo soy la Vida. Vos no queréis la vida ni el triunfo de la vida, que es la Verdad, sino que deseáis una pasajera sombra de bienestar, ya sea en esta organización ya en la otra, y las palabras dulces y las ideas suaves os bastan para vuestro pequeño entendimiento. Así, amigo, por estas cosas estáis preso. Porque anteponéis las organizaciones a la vida, la autoridad de otro a la vida, los dichos de otro a la vida, estáis preso y estrangulado. Yo hablo de la cumbre de la montaña que no conoce la sombra, que nunca está bajo las nubes, que es constante y eterna, y a vos os interesan los valles que yacen en su sombra. Si queréis comprender la cima de la montaña, tenéis que abandonar vuestro valle y no permanecer allí adorando la cumbre desde lejos.

Amigo, no os importe quién soy yo; nunca lo sabréis. Yo no deseo que aceptéis nada de lo que digo. Yo no quiero nada de ninguno de vosotros; no deseo popularidad, no deseo vuestra adulación, ni que me sigáis. No necesito nada porque estoy enamorado de la vida. Estas cuestiones no

son de gran importancia; lo que importa es el hecho de que obedecéis y permitís que vuestro juicio se pervierta por la autoridad. Vuestro juicio, vuestra mente, vuestros afectos, vuestra vida se pervierten por cosas que no tienen ningún valor, y de eso resulta el sufrimiento.

Yo ví en un templo indio una familia de monos: padre, madre e hijo. El pequeño agarrábase a la madre y nunca la soltaba. Y ví en una granja de California una leona con su cachorro. Este vagaba por allí, libre de la madre. ¿Qué preferís, agarraros como el mono, o ser independientes como el león? Un hombre que desee estar libre de todas las limitaciones, debe desechar todas las muletas. Si deseárais escalar las alturas no llevaríais con vosotros todas vuestras posesiones, vuestras dignidades, vuestros rituales, vuestros amigos. Los dejaríais atrás y treparíais solos. Ascender sin estorbos no es egoísmo. No os engañéis vosotros mismos de nuevo con esa idea. Si deseáis ascender seréis juiciosos y subiréis de intento, firmemente, sin la carga de complicaciones. La Verdad no depende de ninguna persona, por mucho que la podáis amar; está más allá de toda persona; más allá de los sueños de dioses y de los obscuros santuarios de los templos. Yo sé lo que soy; conozco mi propósito en la vida, porque yo soy la Vida misma sin nombre, sin limitación. Y porque soy la Vida, deseo induciros a que adoréis a esa Vida, no en esta forma que es Krishnamurti, sino a la Vida que mora en cada uno de vosotros. Desechad todas las galas de las creencias, religiones y ceremonias, y encontraréis la Verdad.

PREGUNTA. — ¿Deberemos llevar sin temor hasta sus conclusiones finales lo que se deduce de vuestras palabras?

KRISHNAMURTI.—¿Por qué habéis de temer? ¿De qué tenéis miedo? ¿Miedo de que lo que digo sea la Verdad? ¿Miedo de renunciar a aquellas cosas que por tanto tiempo habéis tenido asidas? ¿Cómo creéis encontrar algo en la vida si teméis llevar a su conclusión final vuestros pensamientos y sentimientos?

Amigo, adquiriréis la Verdad desechando aquellas cosas que habéis conseguido y no adhiriéndoos a ellas. Ése es el único camino para encontrar la Verdad. Si deseáis dinero, ¿no obráis sin piedad para acumular vuestras riquezas? Pero no deseáis la Verdad de la misma manera. No quiero decir que debáis tener egoísmo o crueldad, puesto que cuando vais hacia la Verdad no puede haber egoísmo ni crueldad. Si hacéis algo por el temor o por mandato de otro, ¡desgraciado de vos!, pues a lo largo de ese camino están la pena y el dolor.

PREGUNTA.—¿Tenéis una enseñanza para las masas y otra para vuestros discípulos elegidos?

KRISHNAMURTI.—No tengo discípulos elegidos. ¿Quiénes son las masas? Vosotros mismos. Está en vuestras mentes la idea de que hay distinción entre las masas y los elegidos, entre el mundo interno y el externo. En vuestras mentes existe lo que rebaja y corrompe la Verdad. ¡Oh, amigo!, si estuviérais enamorado de la vida, incluiríais todas las cosas, pasajeras o permanentes, en aquel amor. Queréis que haya una enseñanza especial para los pocos elegidos porque en vuestro corazón hay segregación, separación, y así deseáis confinar las puras aguas de vida y guardarlas para vosotros mismos. ¿Podéis preguntar al sol si brilla para las masas o para los pocos elegidos? ¿Podéis preguntar a la lluvia si es para los llanos o para las montañas? Si no comprendéis, haréis, como se ha hecho siempre, que esta enseñanza sea para unos pocos, y así rebajaréis la verdad y la traicionaréis. Porque hay limitación en vuestro corazón dividís el agua de vida que lo mismo es para los reyes que para los mendigos. Ya proceda de un pozo de oro o de un

arroyo, el agua es la misma y apaga la sed de todos sin distinción de colores, castas, credos, ni elegidos especialmente. Por haber sido la verdad limitada y empequeñecida durante tantos años, durante tantos siglos, durante tantos eones deseáis hacerlo de nuevo, y ya lo estáis haciendo cuando preguntáis: ¿es la Verdad para las masas o para los pocos elegidos? Decís que las masas no comprenden; que es demasiado difícil para ellas llegar a entender; que sólo unos cuantos pueden trepar a lo alto. ¿Creéis que yo no tengo tanto afecto y amor como cualquiera de vosotros? Pero justamente porque yo he pasado por todas vuestras etapas os digo: No paséis por estas etapas, sino evitadlas, dejadlas a un lado y recoged vuestra energía como hombres que trepan a lo alto.

PREGUNTA.—Decís que Dios está sólo *en nosotros,* que no hay otro Dios. ¿Queréis tener la bondad de explicarnos esta importante aserción un poco más, pues todo el mundo cree en un Dios fuera de nosotros mismos, un Creador de todo, y vos mismo habláis del Bienamado, del Gurú—el nombre poco importa—; otros hablan de Buda, Cristo, Dios? ¿Cómo podéis conciliar estas afirmaciones?

KRISHNAMURTI.—Uníos a la Vida y os uniréis a todas las cosas. Como queda establecido en esta pregunta, los nombres no tienen importancia. Si estáis enamorados de la Vida, entonces os uniréis a la Vida, ya la llaméis Buda, Cristo o cualquier otro nombre. ¿Cómo podéis uniros a la Vida? No creando complicaciones, sino creando aquel ardiente deseo por la Vida que destruye todas las complicaciones. Y decís: ¿Cómo voy yo a enamorarme de la Vida? Recogiendo experiencia. ¿Y cómo voy a recoger experiencia? Buscándola. ¿Y cómo voy a buscarla? No os apartéis de la Vida. Véis a vuestro alrededor aflicción y sufrimiento sin fin, y si sólo véis sin observar, entonces no habrá vivificación del corazón ni purificación de la mente.

PREGUNTA.—Krishnamurti dice que nosotros no debiéramos seguir u obedecer a ninguna autoridad, sea lo que fuere. ¿Hasta qué punto puede ser aplicado este principio a los miembros de la Sociedad Teosófica, los cuales están gobernados en gran manera por autoridad, o aun a la autoridad del mismo Krishnamurti?

KRISHNAMURTI.—Yo desearía que no dijérais «Krishnamurti dice». Si me citáis con el resto de vuestras autoridades, perderéis las preciosas aguas que traigo. «Krishnamurti dice que nosotros no debiéramos seguir u obedecer a ninguna autoridad sea la que fuere. ¿Hasta qué punto puede ser aplicado este principio a los miembros de la Sociedad Teosófica, los cuales están gobernados en gran manera por autoridad, o aun a la autoridad del mismo Krishnamurti?»

¿Debo decíroslo? No obedezcáis. ¿Por qué deberíais obedecer? ¿Por qué deberíais subyugaros a otros? Creáis la autoridad porque deseáis aceptarla, y esa es la raíz del veneno, esa es la semilla que debéis destruir. Deseáis buscar el bienestar en la obediencia. No creáis que yo soy contrario a la Sociedad Teosófica. No lo soy. Se requiere demasiada energía para ser contrario a algo. Si váis diciendo que yo os he dicho que desobedezcáis, crearéis otra autoridad, a la que rendiréis culto. Y si desobedecéis porque yo os lo dije, crearéis igualmente otra autoridad a la que rendiréis culto. Yo no sé que en la Sociedad Teosófica estéis obligados a obedecer. No lo sé. Puede ser, pero no me importa el asunto. Si no es la Sociedad Teosófica a la que obedecéis, será a alguna otra organización. El deseo de obedecer ha nacido en cada uno de vosotros y por eso creáis estas organizaciones, pero a mí me interesa la purificación de vuestro deseo y no el establecer otra autoridad. El deseo es vida, y si vosotros fortalecéis este deseo, lo puri-

ficáis, lo ennoblecéis y vitalizáis, si le dáis el propósito más exaltado, entonces romperéis todas estas pequeñas cosas que persisten en vuestro camino. ¿No me han instado siempre todos mis amigos para que siguiera una u otra cosa? ¿No me han dicho siempre: Tened cuidado en lo que hacéis o en lo que decís. Tened cuidado con vuestra posición. Debéis decir esto y no debéis decir aquéllo? ¡La paciencia es un don divino! De haber obedecido a alguno de ellos, nunca hubiera encontrado esa felicidad eterna y absoluta. Porque yo dudé de todas las cosas que ellos sostenían, porque yo no quise aceptar nada de lo que se me ponía delante, he encontrado ese Reino que es eterno y sin variación; he triunfado en la vida. Y yo os diría: haced lo mismo, no porque yo lo diga, sino porque vosotros mismos deseéis entrar, deseéis encontrar esa paz absoluta, esa liberación que es la culminación de toda experiencia, esa Verdad que no es de ninguna persona, que no es de ninguna organización ni de ninguna iglesia.

PREGUNTA.—¿Sóis el Cristo que ha vuelto?

KRISHNAMURTI.—Amigo, ¿quién creéis que soy? Si digo que soy el Cristo, crearéis otra autoridad. Si digo que no lo soy, crearéis igualmente otra autoridad. ¿Pensáis que la Verdad tiene algo que ver con lo que creáis que yo sea? No os interesa la Verdad, os interesa la vasija que la encierra. No deseáis beber las aguas, sino que deseáis descubrir quién hizo la vasija que las contiene. Amigo, si yo os digo que soy el Cristo y otro os dice que no lo soy, ¿qué haréis? Desechad la etiqueta, que no tiene ningún valor. Bebed el agua si el agua es pura. Yo os digo que tengo ese agua pura; yo tengo ese bálsamo que purifica, que cura; y vos me preguntáis: ¿Quién sois? SOY TODAS LAS COSAS, PORQUE SOY LA VIDA.

Del «Libro de Oro», de Séneca

Propio de un hombre débil es no saber usar de las riquezas.

* * *

Mucho camino tiene andado para mejorar las costumbres el que desea mejorarlas.

* * *

Estar en el ocio muy sosegados no es reposo sino pereza.

* * *

Malo se puede llamar al que solamente por su provecho es bueno.

* * *

Más difícil es vencernos a nosotros que a nuestros enemigos.

* * *

No es blando el camino del cielo.

* * *

El que verdaderamente ama, nunca mira su provecho.

* * *

No es deshonor no alcanzar una cosa, sino cesar de poner los medios.

* * *

Lo que hay después de la muerte, vida es.

Anticipos poéticos sobre el nuevo Mensaje

POR

JAMES H. COUSINS, D. LIT.

En mis estudios de poética inglesa, que son principalmente para mi propio placer y por consiguiente desordenados, y en parte con fines determinados, y por consiguiente, sistemáticos, he observado con interés la forma en la cual la imaginación creadora ha sacado de su visión central expresiones fragmentarias de la verdad, las que, en el lenguaje del tiempo, son anticipos de mayores verdades. Shelley, por ejemplo, adelantó la moderna expresión de la ley de evolución por la generación. Hoy se proclama otra ley, no una ley diferente, sino una extensión de ella; la ley de la adquisición humana de una plena expresión de la verdad, y por ella la adquisición de la liberación, que es la obtención de la felicidad. Para declarar este simple proceso el Maestro tiene que mirar a través del instrumento del pensamiento y el lenguaje humanos, y el Maestro se encuentra la ascendente imaginación de los poetas creando con la materia de mortalidad sus transitorias imágenes de inmortalidad; en esta reducción del ilimitable océano de *Verdad* en las accesibles corrientes de *verdades,* esta articulación de lo eterno en términos de lo temporal.

La historia de la humana cultura es la expresión de estos anticipos y el tomar nota de ellos. Y en la medida en que se van haciendo accesibles a la humanidad, se constituyen en instrumentos para el desarrollo de la inherente capacidad de pensar y sentir, y en la preparación de esto para la recepción de mayores verdades con inteligencia y goce. Un Maestro de la Verdad hace dos mil años tuvo un puñado de ayudantes que comprendían la expresión de la verdad que a través de Él buscaba su propia liberación. Un Maestro de la Verdad hoy habla de esa visión en un hemisferio, y sus palabras son escuchadas en otro, y escuchadas, no solamente por la extensión de medios científicos, mas escuchadas sino con comprensión completa, cuando menos con atención por muchos millares gracias a los progresos de la inteligencia humana, de la cual las mejores manifestaciones de los poetas son la más alta expresión.

«La Vida es una», dice el Maestro; y a causa de esta unidad esencial no hay una sola expresión de ella que sea completamente singular. Es un punto focal de reflexiones y repercusiones fuera de la vida común; y es respondido por la vida común por algo de sí mismo, de la misma manera que las ventanas de un palacio y de una cabaña pueden reflejar con la misma verdad los rayos del sol naciente para un observador, aunque ellas mismas no se den cuenta de su propia gloria.

Tomemos las líneas siguientes:

«¿Pueden las reglas o los instructores enseñar al semidiós a quien esperamos?—Debe ser musical, trémulo, impresionable, estar alerta a las influencias dulces de la campiña y de los cielos, y ser suave al toque del espíritu en las miradas del hombre o de la doncella. Pero en su centro nativo, en su futuro fundirá el pasado y el futuro—. Los destinos del mundo debe moldearlos en su propio molde.»

Estas líneas fueron escritas hace cincuenta años en los Estados Unidos por Ralph Waldo Emerson. De los millones de lectores de poesías en este medio siglo, algunos miles han leído este poema como parte de su herencia cultural. La mayor parte de ellos lo han leído como un poema cualquiera. Pocos lo han tomado como una profecía sacada de la vida. Uno cuando menos ha meditado sobre ella dentro de su corazón en este último cuarto de siglo, y ha esperado y mirado realizarse su incorporación en forma humana. Si el anticipo del poeta no es solamente una sombra y la presencia del Instructor del Mundo no es una niebla de la imaginación, entonces estas líneas pueden ser tomadas como la expresión tanto de la manifestación como del mensaje del Maestro, cuya voz

están ahora escuchando ansiosamente muchos miles de hombres. Ellas presentan la rebelión contra la autoridad externamente impuesta, su sensibilidad estética, su humanitaria respetuosidad, su tenaz aferramiento a la Verdad, su entusiasmo creador.

Observando esa manifestación y escuchando ese mensaje en los libres, felices y hermosos contornos del Castillo de Eerde, mi mente ha experimentado, por decirlo así, un doble amanecer, la emergencia de una luminaria de verdad que no sólo da su propia radiante autoridad, sino que saca de las tinieblas del recuerdo las estrellas fijas que son sus celestes camaradas, arroja sobre ellos su ascendente gloria, y de ellos recibe la respuesta del reconocimiento y ratificación. Con énfasis suave, pero firme, el Maestro insiste en su preeminencia al alcanzar la Verdad, y rehusa el dar definiciones para que éstas no se conviertan en sombras de la verdad en las mentes de los oyentes y haya error. Todo lo demás, las fes a las que se apegan los hombres, las actividades en que se ocupan, todo ello es despiadadamente barrido como secundario, y por ello, inútil. Y Emerson traza estas líneas:

«El que sirve a los hombres complace a pocos. A todos sirve el que da verdades.»

Shakespeare se anticipó a la ley de que la fidelidad a la verdad significa la fidelidad a todo lo demás, diciendo:

«... Sé verdadero contigo mismo, y así seguirá como la noche al día el que no seas falso a hombre alguno.»

El Maestro rehusa dar la menor indicación de cómo habrán de obrar en lo futuro algunas de sus ideas. No se verá movido de su «centro nativo» de alianza con la verdad, por ninguna circunstancia y sin tomar en cuenta las consecuencias. Lo que le piden es una muleta y él no hace concesiones a la debilidad y a la timidez. A esta muleta particular se le llama esperanza. La voz de W. B. Yeats canta:

«Y nosotros, nuestros cantos y nuestro amor—los marineros de la noche—y todas las cosas embrujadas que danzan sobre mi mesa, pasarán a donde han de quedar—en el éxtasis de la verdad—y allí no hay sitio para amores ni esperanzas, porque Dios camina con pasos blancos.»

Pero hay en la poesía otra esperanza que creo el Maestro ha de aceptar, porque no es una muleta, sino una determinación, un «fijar la meta» y una lucha incesante hacia ella. Shelley la cantó así:

«... A la esperanza hasta que la esperanza cree de su propio naufragio aquello que espera.»

El Maestro reitera lo innecesario de las formas, y Emerson dice:

«Todas las formas son fugitivas—sólo sobrevive la substancia—siempre nueva la amplia creación—una divina improvisación—que procede del corazón de Dios—una sola voluntad—un millón de acontecimientos.»

Más tarde dice el Maestro: «debemos usar de las formas». Y quienes le han estado escuchando inteligentemente saben que no están frente a una inconsistencia, sino frente a la otra mitad de la verdad. En tanto que la forma pueda ser usada como medio para llevar la vida a su plenitud, tiene razón de ser. En el momento en que es una barrera para la obtención de la verdad, debiera ser desechada por el individuo para quien se ha constituído en tal barrera.

«La vida se expresa en las formas», dice el Maestro. Pero las gentes siguen las formas y dejan la vida. La forma, sin la vida, es estancamiento. La vida es una perpetua actividad hacia la plenitud. Me lleno de satisfacción (confío en que no sea reprensible) al recordar un poema de mi juventud en el que alabé la actividad creadora sin apego a sus formas de expresión y que terminaba con estas líneas:

«Porque la burbuja en sí no es nada, el inflarse de todas las burbujas lo es todo».

Por esto es por lo que cuando un amigo me preguntó que cuál de mis poemas era considerado por mí como el mejor, le contesté que «aquel que no había aún escrito».

Estas son algunas de las indicaciones de cómo los artistas creadores en la poesía han tenido sus vislumbres de la Verdad. Pueden contarse entre los precursores que han preparado «los caminos del Señor». Ellos y sus compañeros, los artistas en otros campos serán en número siempre creciente los más inteligentes oyentes del nuevo mensaje; porque los que tratan de vivir la verdadera vida del arte, creando sus imágenes de la realidad, siempre ascendentes, y por consiguiente, siempre transitorias y sin ataduras, son los que están especialmente dotados para la comprensión de la exposición que hace el Maestro del arte de la vida.

EL AMANECER

Por J. KRISHNAMURTI

Como un hombre en la espesura cuando quiere salir a los claros del bosque se abre camino entre el ramaje, quien anhele alcanzar la libertad de la vida debe abrir dentro de su ser una senda entre la obscura maleza de las cosas que no son esenciales, que no tienen valor por sí mismas y cuya importancia es secundaria. Muchos hay en el mundo que tienen voluntad de sacrificar sus vidas y sus ideales, pero pocos hay que comprendan, y esto es de mayor valor que la renunciación, porque de la plenitud de la comprensión viene la realización de la vida.

La vida que palpita en cada uno de nosotros es, en sí misma, divina, y la obtención de la libertad, que es felicidad, viene del completo desenvolvimiento de esa vida. Mientras ésta sea mantenida en esclavitud, hay peligro de lucha, y os encontraréis atados a la rueda de nacimiento y muerte, de dolor y sufrimiento, de mal y de bien. La vida en su plenitud no puede ser condicionada por creencias o religiones, por credos o dogmas, y como la mayoría quiere atar la vida a estas cosas, por ello hay miseria y sufrimiento.

Se han establecido en el mundo leyes de moralidad que nada tienen que ver con la vida. Sirven de soporte a los débiles, pero se rompen cuando se ejerce sobre ellas la menor presión. El caos, el sufrimiento y la miseria vienen porque cada uno trata de moldear su vida conforme a preestablecidos cánones de moralidad, creencias o religiones. Tal vez digáis: «Usted puede producir mayor miseria y sufrimiento libertando la vida repentinamente»; y os contesto: «Lo que habréis de hacer, si sois inteligentes y no hipócritas, es mirar en torno vuestro para saber si no está la vida sofocada y oprimida en esta época.» Por esto es preciso que haya un desorden verdadero, un divino desorden necesario para producir un orden divino. Este orden divino puede ser producido solamente libertando la vida, no esclavizándola, no obedeciendo los dictados de otro, ni colocándose bajo el yugo de la tradición y de la autoridad. Cuando libertáis esa vida que es divina, y la realizáis, os convertís en Dios. Y cuando digo Dios, no quiero dar a entender el de la tradición, sino el que está en cada uno, y ese Dios solamente puede ser realizado por la plenitud de la vida. En otras palabras: no hay más Dios que el que se manifiesta en el hombre purificado y perfeccionado.

Al atribuir a externa autoridad la ley y el orden divinos, limitáis y sofocáis esa misma vida que deseáis satisfacer y a la que ansiáis dar libertad. Si hay limitación, hay esclavitud, y por ello, sufrimiento. Conforme a mi punto de vista, las creencias, religiones, dogmas y sistemas nada tienen que ver con la vida y, por consiguiente, nada tienen que ver con la Verdad. En llenar la vida con la experiencia, hay liberación. La liberación no es una cualidad o condición negativa, sino, por el contrario, si realmente se entiende, es el poder creador en todos existente. Es la más completa expresión de ese poder creador que es la gloria de la vida. Usaremos un símil: Si vais a un templo con las manos vacías, no seréis agradables a los dioses, pero si lleváis flores y grandes deseos, grandes ambiciones y grandes anhelos, seréis muy bien recibidos. Para obtener esta plenitud de la vida, habréis de llegar cargados con deseos y anhelos satisfechos y no sofocados ni reprimidos.

Hace muchos siglos que el hombre ha moldeado su vida conforme a las creencias establecidas, y por eso no ha sido capaz de satisfacer su vida. Me preguntaréis: «¿Cómo puedo yo llenar mi vida? ¿Qué debo hacer para darle libertad?» Yo sé la forma para mi propia obtención, pero si yo fuera a deciros qué es lo que debéis hacer, pondría yo mismo una limitación a la Verdad. El establecer un método definitivo para esa obtención sería calificar y negar esa misma cosa que yo sostengo que es la Verdad, y en tal caso, la traicionaría yo mismo.

En manera alguna quiero imponer autoridad ni destruir vuestro propio poder de pensar o de sentir cuando digo que he encontrado y obtenido esta Verdad, que he obtenido la liberación y que, por ello, soy yo mismo la felicidad. De la misma

manera que la flor da su esencia sin pedir nada por ella, así quiero que toméis lo que yo os doy con entendimiento. Nada quiero en pago; no quiero vuestra adoración, ni que me sigáis. Si me seguís, corromperéis la Verdad.

La forma de mi adquisición ha sido ésta: He adorado en todos los santuarios, consciente o inconscientemente, en esta vida; he seguido, he obedecido, he puesto una limitación a la misma cosa que quería libertar. Y he observado a los demás en este esfuerzo de libertarse, de realizar la vida. He visto a las multitudes luchando para libertar la vida oprimida por el deseo de otro. He visto sabios que, sin embargo, carecen de la felicidad eterna. He visto a los que están solos y aislados aunque estén rodeados por las multitudes, porque no han realizado ni obtenido esa vida. He observado estas cosas todas. Y así como a un río es el caudal de sus aguas el que lo impele hacia los mares, así he sido yo llevado por el volumen de mi propia experiencia, por mi propia comprensión, y por eso he llegado a obtener la plenitud.

Quiero libertar a todo el mundo, pero no invitándolos a mi jaula particular. No tengo yo jaula ninguna. Quiero libertarlos precisamente porque soy libre, porque no estoy condicionado por creencias ni retenido por ninguna sociedad, orden, religión o credo. Y os digo esto con toda sinceridad y espero que tal lo creáis con la comprensión de vuestro propio corazón. Mucho me temo que a causa de que todos están anhelando entrar en una jaula mayor que la propia utilicen lo que digo para fabricarse con ello una nueva. Tal cosa sería la negación, la traición a la Verdad. Quiero, si puedo, mostraros la luz, pero habréis de encender vuestra antorcha en la eterna llama. Una vez que hayáis establecido la comprensión y el afecto dentro de vosotros mismos, no seréis ya arrojados por el viento de la autoridad, o cogidos en la red de la tradición o en la nube de las creencias.

El engaño viene al corazón y la corrupción a la mente cuando repetís frases que no comprendéis, cuando camináis sobre la experiencia de otro, cuando os albergáis bajo el cobijo de la autoridad. El engaño y la corrupción no os van a servir de nada cuando en realidad estéis agobiados por el dolor y deseéis romper su esclavitud. Si la Verdad no es real para vosotros, por mucho que estéis deseando ayudaros a vosotros mismos y ayudar al mundo—lo que es igual—, no llegaréis a tener éxito: tan solamente os estaréis engañando y engañando a los demás. Para ayudar de verdad, debéis estar más allá de la necesidad de ayuda; debéis ser, en realidad, dadores, no receptores; para amar en verdad, habréis de estar fuera de la corrupción del amor.

Estáis inciertos sobre vuestros propósitos, y esa incertidumbre crea turbación y descontento dentro de vosotros; pero cuando percibáis con claridad vuestra meta, de vuestra misma incertidumbre nacerá una gran certeza, y de vuestro descontento surgirá una gran comprensión. Si no habéis encendido vuestra antorcha en la eterna llama de la verdad, las viejas y poderosas tradiciones y creencias, la magnífica estructura de las religiones os mantendrán en esclavitud.

Si no habéis encendido en vosotros mismos la llama del deseo de ser libres, no podréis crear con grandeza: estaréis solamente jugando en las sombras de lo manifestado. Y de la misma manera que las sombras se desvanecen, se desvanecerán vuestras obras.

Sobre la superficie del globo las sombras se hacen densas, y la purificación y la plenitud de la vida retroceden más y más hacia el fondo.

En el mundo está naciendo un nuevo concepto de la vida, concepto que debéis tratar de comprender, porque hay algo mucho más maravilloso, más atractivo, más hermoso en el amanecer de mañana que en el crepúsculo de hoy.

La gran fuerza de la vida es su poder renovador y creador, que a través de toda la Naturaleza marca la línea infranqueable entre el mundo de la vida y el mundo de la materia. La verdadera educación toma su tónica del mundo de la vida: debe inculcar en jóvenes y viejos su poder renovador y creador.—*Henry Fairfield Osborn.* EDUCACIÓN CREADORA

EL ARQUETIPO

POR CLAUDE BRAGDON

(CONCLUSIÓN)

Todas las nuevas ideas y las imágenes nuevas deben venir del mundo arquetípico, que está fuera del tiempo, y de allí también deben llegarnos las facultades para percibirlas y comprenderlas, porque la percepción misma evoluciona. «La percepción tiene un destino.» Desde tal mundo se está ejerciendo ahora una tremenda presión sobre la substancia plástica de la Hermandad Délfica, porque en ella se está desarrollando la cuarta forma de la conciencia o sea la intuicional, que debe distinguirse de la tercera, o sea la racionalista. Los intuitivos y los racionalistas constituyen lo que Ouspensky llama las «dos razas de hombres» y se hunden en lo que no tiene importancia, las demás diferencias de raza, religión, clase y cultura cuando se comparan con la profunda diferencia *evolucionaria* que está implícita en esta clasificación. Esta minoría, con su cuarta forma de conciencia incipiente reacciona sobre todo en forma diferente a la de sus mayores, por que sin que ellos mismos se den cuenta empiezan a penetrar en el mundo de los arquetipos. Están menos interesados en el aspecto mundano, a saber: acontecimientos y fenómenos, que en el orden del mundo, porque lo que persiguen es el arquetipo.

Es divertido observar esto en sus preferencias y reacciones estéticas. En música toma la forma de preocupación del tono, timbre y ritmo, y más por la armonía que por la melodía, porque estos elementos tienen un mayor poder para despertar las emociones universales, primitivas, orgiásticas, que el simple halago del oído con tonos azucarados. En pintura y en escultura prefieren la indicación y la sugestión a una interpretación literal y realista, por ser aquellas más emancipadoras de la imaginación y dar un mayor estímulo a la intuición. Han destronado los reyes que sus antepasados coronaron, poniendo en su lugar hombres como Cezane, Brancusi y Gordon Craig, por ejemplo.

Aparte de sus cualidades como pintor, Cezane se preocupó claramente—cuando menos de manera subjetiva—con la idea de los arquetipos, con el aspecto significativo y «eterno» de las cosas, en contradicción con sus aspectos efímeros y accidentales. Más cierto aun es esto de Brancusi, porque ¿qué son sus «peces» y «pájaros en el espacio» sino esfuerzos para sugerir el pez y el ave arquetípicos, reduciéndolos a sus características esenciales como formas acuáticas y aéreas? Aunque obtuvo sus resultados por una especie de instinto, indudablemente, fué más «sintiendo» que pensando en la forma primitiva y probablemente hubiese llegado a los mismos resultados si hubiera procedido en la forma descrita por el señor Best-Maugard en su *Método para los Dibujos Creadores*.

Podemos formarnos una idea de un arquetipo cualquiera, estudiando los tipos que de él se derivan. Supongamos que deseáramos formarnos el concepto de la flor arquetípica. Analizaríamos cuidadosamente, tomándolas de la Naturaleza, un número infinito de diversas clases de flores, y

buscaríamos en la botánica, a la par que en otras fuentes, todas las leyes conocidas y desconocidas que afectasen el ser, propósito, función y estructura de una flor, descubriendo así sus características esenciales. La idea abstracta será una concepción del «arquetipo».

Permanecería una idea abstracta, que es la razón de los esfuerzos de Brancusi y de Gordon Craig; en un campo diferente no son más completamente convincentes, por delicados que sean en intención y por fructíferos en inspiración y efectivos para la destrucción de gastados convencionalismos. Craig, en su último libro *Escena,* nos dice cómo siguió el método señalado arriba, porque hizo centenares de pequeños modelos de habitaciones de hombres durante las edades, en el esfuerzo de descubrir, por un proceso de eliminación, cuáles elementos les eran comunes a todas, con la idea de combinar estas características esenciales en una sola escena que fuera el arquetipo de todas ellas, y en donde, consecuentemente, con la ayuda de la luz, color y movilidad, se verificasen una gran cantidad de representaciones dramáticas.

El interés despertado por la *Simétrica Dinámica* del difunto Jay Hambidge y por el libro de Best-Maugard *Un Método para los Dibujos Creadores*, constituyen otra evidencia de la creciente importancia de la idea del arquetipo; la «raíz de los rectángulos», de Hambidge, y las «siete formas», de Best-Maugard, están basadas en esta idea y derivadas del mismo arquetipo, la espiral logarítmica, que es, quizá, la forma misma del universo. La más reciente tendencia en arquitectura es hacia las formas elementales y los contornos sencillos, la eliminación de aspectos extraños y de adornos innecesarios. En vez de las fachadas demasiado ornamentadas de hace unos cuantos años, llenas de líneas forzadas y de órdenes pre-establecidos y coronadas por cornisas, se ven ahora estructuras en bloque, un conjunto de paralelepípedos que dependen para su efecto, más de la interrelación de sus masas que de su ventanaje y aplicación de adornos. Esto indica también que se va hacia el arquetipo, que es lo abstracto, lo indiferenciado.

El éxito o fracaso de tales esfuerzos en estos varios campos no hay para qué discutirlo aquí, lo único importante es su dirección, porque ella indica que el espíritu animador del arte moderno es cada vez más abstracto, subjetivo y preocupado con la eliminación de las barreras establecidas y el rompimiento de las convenciones existentes. Los pintores, que practican un arte que, siendo del espacio es naturalmente estático, lo quieren hacer dinámico, pretenden pintar el *movimiento* usando de recursos tales como la indicación de un objeto en asumidas posiciones sucesivas como lo hizo Duchamps en su famoso «Desnudo descendiendo una escalera». Los músicos, por otra parte, cuyo arte es del *tiempo,* y por ende dinámico, se esfuerzan ahora en llegar a las reservas del pintor, del escultor y del arquitecto, usando nuevas y sorprendentes concatenaciones de sonidos como cincel y pincel.

Otra indicación de esta impenetración de las artes es vista en la creciente importancia del llamado «Nuevo Arte del Teatro», el que es, en efecto, una correlación y unificación de muchos diferentes factores estéticos: palabra, música, movimiento, luz, para obtener el mayor poder e intensidad de efecto. El septuple Arco-iris de la Belleza, en el cual cada arte es un color, se reabsorbe por estos medios en la Luz Blanca de la Verdad; y a la circunstancia de siete tonalidades se la hace rendir una sensación de esa eternidad con la cual se relaciona el tiempo como las arenas que caen se relacionan con el reloj de arena.

En el campo de la ciencia, la teoría de la relatividad y la nueva psicología nos han dado una aguda sensación del hecho de que simplemente conocemos la forma de nuestros conocimientos del mundo que nos rodea y no del mundo en sí mismo. La hipótesis del espacio superior con las nuevas ideas de tiempo y movimiento que ha introducido, nos indica que el movimiento, el crecimiento y la existencia que observamos en

torno nuestro son quizás tan ilusorios como el movimiento de las casas, árboles y campiñas cuando se ven desde un tren en rápida marcha, y que solamente la conciencia es la que se mueve, y que el tiempo y sus fenómenos son creados por la conciencia, y dentro de ella por razón de su intersección con el espacio al cual es extraña, espacio al que solamente podemos dar el nombre de cuarta dimensión, el mundo de las maravillas o el mundo de los arquetipos. Conceptos de este orden son los que allanan el camino hacia un idealismo que no es en manera alguna contradictorio con las últimas direcciones de la ciencia que tienden hacia lo transcendental, lo místico, un misticismo que no es de fe, sino de conocimiento.

La contradicción implícita en la idea de un universo que al mismo tiempo sea un multiverso, infinito y finito, se resuelve por el concepto del arquetipo de dimensiones superiores y sus imágenes en inferiores dimensiones. ¿Qué es Dios? El arquetipo del hombre. ¿Qué son los hombres? Las imágenes de Dios, múltiples, perturbadas, retorcidas, descompuestas, destrozadas, formándose y reformándose como el reflejo del sol o de la luna sobre las aguas agitadas.

Limitados como estamos en este plano de manifestación, en el cual cuanto vemos y sentimos, incluyendo nuestras propias personas, son tales reflejos, podemos conocer nuestro grande Arquetipo, solamente en el grado y en la medida que la imagen pueda conocer el objeto, porque están separados por el abismo de toda una dimensión. Y, sin embargo, entre ambos hay un punto de correspondencia, de perfecto acuerdo en todos sus detalles, con tal de que las aguas estén claras y quietas. La primera tarea que ha de desempeñar el aspirante a la Conciencia de Dios debe ser, por consiguiente, ponerse claro y quieto. ¿Qué sigue? Aquí otra vez nos ayuda nuestra analogía. Desde cada punto de la imagen, hay rayos que se extienden sin interrupción hacia el objeto. Pero éstos se extienden en una dirección en ángulos rectos hacia todas las direcciones del plano de la manifestación. Para alcanzar y unificarse con el objeto, es necesario *trascender el plano de la manifestación*. Estamos atados a este plano por los sentidos y la mente: es su mundo, y ellos son su producto; pero desarrollando la cuarta forma de la conciencia, la intuicional, cada uno puede descubrir su «rayo» particular, ascendiendo por él hasta llegar al mundo arquetípico, y llegar a esa «unidad del ser», que es la meta final de la evolución del hombre.

SECCIÓN DE REVISTA

A CARGO DE ENRIQUE FUSALBA

LA VIDA Y LAS FORMAS

De notas recopiladas por Sergio Brisy en el Campamento de la Estrella, en Ommen. 1928

Mirad siempre tras la mampara que impide la comprensión de la vida. Buscad la vida, y el amor manará constantemente de vuestros corazones. No intentéis comprender la forma; *sentid* la vida que fluye por ella. Unid la vuestra a la suya, porque la vida es una, y todo lo que vosotros poseáis también lo posee ella. No preguntéis ya más: «¿A dónde iré y cómo?» Idos hacia la *vida* de cada cual por medio de vuestra propia vida. No busquéis tan siquiera la unidad; buscad la *vida* y hallaréis unidad, porque la vida es una en todas las cosas. Abandonad toda suerte de interpretaciones: *son formas.* Interpretáos a vosotros mismos, que ya es bastante, y eso, hacedlo mediante una vida activa. Si otros despliegan velos, mirad a su través, donde la vida se oculta, y entonces los velos desaparecerán aunque se intentase desplegarlos nuevamente.

La vida es más poderosa que la forma. Y por esto es por lo que la vida destruye y reconstruye formas sin cesar. No hay ninguna forma a la cual podáis sabiamente considerar estable. Aunque vosotros no os déis cuenta, se modifican a cada instante. Nunca son exactamente iguales, pues que no son otra cosa que los mudables receptáculos de la vida. La vida no cambia más que en las formas, adaptándose éstas a sus necesidades. Así, pues, la forma es el servidor de la vida, y nada más que esto. No seáis esclavos de un esclavo, sino reyes de la vida en vosotros mismos y amigos suyos en los demás. No adoréis una cosa que se esfuma; adorad la eternidad. No os detengáis para admirar a ninguna de las formas que deben decaer temprano o tarde, que declinan, en verdad, de día en día; pero, amad a la vida que pasa eternamente de forma a forma. No pongáis vuestro amor en una cara, pero sí en las almas. No intentéis tan siquiera comprender al alma; procurad, antes, comprender la *vida* del alma. No probéis explicar la vida; la vida se expresa a sí misma en cada individuo y en cada forma. Si osáis explicarla, esclavizáis en vuestro pequeño bajel lo que comprendéis de su verdad, y entonces lleváis a los demás un fragmento contrahecho de lo que realmente es. No podréis definir al río por el agua que un cántaro contiene. ¿Cómo podríais, pues, explicar la vida ilimitada, que corre por toda forma, informada, divina, libre, tan en absoluto *una*, que mora en lo múltiple y está siempre presente en todas partes? La traición a la verdad, es la reclusión de la vida en cualquier forma. Y las palabras son formas del pensamiento y los pensamientos formas de la verdad, pero no la verdad en sí.

UNA ESCUELA DE ARISTOCRACIA

Por LADY EMILY LUTYENS

(Este artículo sintetiza la substancia de una Conferencia recién dada por dicha señora en la Sociedad Anglo-Sueca de Londres. El tema altamente sugestivo de la Conferencia atrajo el interés de la Prensa, y en respuesta a numerosas peticiones de los que se hallan interesados en la reforma de la educación, Lady Emily expresó sus ideas en el siguiente artículo.)

Ha estimulado un tanto el interés de la Prensa una sugestión expuesta por mí en el transcurso de una Conferencia que dí en la Sociedad Anglo-Sueca de Londres, con objeto de promover la discusión sobre la conveniencia y posibilidad de establecer una escuela para la Aristocracia. La palabra «aristocracia» ha sido mesurada e interpretada en un sentido más estrecho, pues que tuve especial cuidado en explicar que usaba la palabra «aristocracia» en su sentido verdadero, o sea, significando «lo mejor». Cuando lo mejor de una nación declina, creo que todos estarán de acuerdo en reconocer que la nación queda por ello quebrantada. Mientras que la técnica general de la vida y la educación de todos los países está prosperando—lo cual debe alegrarnos—, diríase, en cambio, que lo «mejor» de ellas decae. Yo considero que el mundo se ha enriquecido más por «lo mejor» que no por sus masas. Una democracia inteligente y educada es vitalmente necesaria para el bienestar nacional, pero no podemos pasarnos sin una «aristocracia».

Hoy en día corremos el grave peligro de ver que aquella aristocracia se encenaga en el pantano de mediocridad.

La aristocracia, en el sentido de lo mejor, puede dividirse en física, mental y emocional.

La aristocracia física avanza y propulsa un tipo de cultura física, de refinamiento y de buenos modales, lo cual es de un gran valor para una nación. Cierto es que puede hacerse artificiosa, a menos que exista detrás de ella una cultura más profunda; pero, cuando menos, siempre es preferible la cortesía y el refinamiento superficial a la carencia de todo. La existencia de una clase aristocrática hereditaria que sostiene un modelo tradicional de refinamiento, delicadeza y buenos modales, creo yo que es de valor, por cuanto es el exponente de un tipo de cultura para toda la comunidad.

La India ha sido una nación altamente culta y aristocrática en todos los tiempos, gracias a la continua existencia de la casta Brahmánica—que representa a la aristocracia instruída y físicamente refinada—que ha mantenido constantemente un modelo para la nación entera.

Los principios hereditarios de una aristocracia semejante, exigen una responsabilidad equivalente, y el término «nobleza obliga» representa este sentido del deber para con la comunidad. Doquiera que el privilegio se reclame sin el reconocimiento de los deberes que lleva inherentes, la aristocracia pierde su derecho a la existencia, y tarde o temprano es barrida.

La aristocracia emocional—que yo hallo definida en los buenos sentimientos, en la sensibilidad, en el tacto y en aquella simpatía que nos hace intuitivamente ciertos de los sentimientos ajenos—, puede tener su existencia completamente aparte de la aristocracia física. Puede hallársela en todas las clases de la comunidad. La emotividad grosera se halla con frecuencia

entre aquellos que son aristócratas de nacimiento, mientras que los buenos sentimientos pueden hallarse en el más simple de los obreros.

El mismo ejemplo puede aplicarse a la aristocracia de la mente, la cual tiene su floración èn el genio. Este no depende en absoluto de la física aristocracia y aun suele hallársele con más frecuencia aparte de ella.

Cuando se hallan combinadas en un solo individuo la aristocracia mental, emocional y física, tenemos representado al aristócrata ideal, al «mejor» hombre.

¿Es posible, prestando mayor atención a las leyes de la herencia, y mediante la selección y educación, aumentar el número de «los mejores»? Yo opino que sí, y a este objeto, sugiero la formación de una «escuela de aristocracia».

Para poder llevar esto a la práctica, debemos, ante todo, prestar una mayor atención que en el presente al problema de la herencia.

«No sacaréis una bolsa de seda de una oreja de cerda», como tampoco crearéis lo «mejor» con los peores elementos de una nación.

El riesgo más grave que corre la civilización en los tiempos actuales, consiste, según muchos expertos en que las pobres mentalidades, los física, mental y emocionalmente degenerados se están sobreponiendo a los mejores elementos nacionales. Es éste un peligro con el cual será menester combatir tarde o temprano.

Nosotros quisiéramos educar a la pública opinión en la ciencia eugénica, haciéndola comprender que el futuro de nuestra raza está en nuestras propias manos y no en las de alguna deidad arbitraria. Si los mejores elementos de una nación se niegan al reconocimiento de sus responsabilidades y abandonan los destinos de la raza a los degenerados, no maldigamos a la Providencia por los resultados que se obtengan.

¿Es posible y deseable la selección de los mejores? Mucho se hace hoy día, por medio de las escuelas especiales, para auxilio de aquellos que no alcanzan al tipo medio de inteligencia. ¿Por qué, pues, no habríamos de tener también escuelas especiales para los niños que demuestran hallarse por encima de lo vulgar? Si nos es posible seleccionar a los niños por aquello de que carecen, ¿no nos será igualmente posible seleccionar a los niños que prometen?

Hay, hoy día, muchas escuelas avanzadas que se esfuerzan por plasmar nuevos ideales educativos. Estas escuelas aspiran a educar a los niños en la libertad y en la auto-expresión, un admirable ideal; pero, en estas escuelas ideales, paréceme a mí que hace falta algo—siendo este algo lo que yo llamo «aristocracia»—y esto lo atribuyo al hecho de que los profesores, como cuerpo o clase, no son aristócratas ellos mismos, bien sea en uno o en otro de sus puntos de vista físico, mental o emocional. La exposición de los ideales de la educación está actualmente en manos de los mediocres. No es esto, precisamente, proyectar un reflejo sobre un cuerpo de gente que sea merecedora de las más altas alabanzas por el abnegado servicio que rinden a la comunidad. Es más un sistema que yo condenaría, que un cuerpo de individuos capacitados.

En los tiempos medievales los señores feudales aprendían de su caballero las lecciones de caballería; el naciente artesano era instruído en su oficio por un maestro en el arte. En la India antigua—para referirnos nuevamente a aquella tierra de aristocrática tradición—el Brahman era el maestro y exponente del tipo de cultura para su nación. Si deseamos una civilización que esté basada en las obras de los «mejores», deben ser los «mejores» quienes avancen el ideal de la educación.

En las más de las escuelas ultra modernas que yo he visitado, se nota una carencia absoluta del sentido de la belleza; las escuelas públicas son, por regla general, horriblemente desmanteladas, feas y sórdidas. Yo considero que la belleza de los alrededores es algo esencial para el cultivo de las más finas emociones. En la mayoría de las modernas escuelas, se enseñan las artes y oficios, pero el resultado es deplorable y dista mucho de ser bello. La carpintería, escultura y tejidos infe-

riores ponen ante los ojos del niño un patrón de mediocridad artística. Y esto es inevitable cuando el instructor no es realmente un maestro de su oficio. Lo mismo puede decirse de la enseñanza de literatura. A menos que el profesor sea un amante de los buenos libros, no podrá inculcar a sus alumnos el amor por la literatura. La lectura llevada a cabo con vistas a los exámenes, no desarrolla las facultades creadoras y literarias del niño.

Luego, también, en la mayoría de escuelas ideales que he visto, he notado que las normas de limpieza, aseo y buenos modales dejan mucho que desear, porque también en ellas el modelo se halla personificado en aquellos que no son muy refinados y escrupulosos consigo mismos en cuanto a limpieza, aseo y buenos modales se refiere. Los niños de temperamento sensitivo son a menudo de natural delicado y sufren extremadamente por la falta de fina sensibilidad en aquellas personas que les rodean.

El ideal de limpieza no debiera aspirar solamente a la higiene, sino también a un intenso disgusto por la suciedad en todas sus formas. Hase definido a la suciedad como materia desplazada, y, en verdad, la que se nota en los cuerpos humanos está siempre fuera de su lugar. No puede enseñarse a los niños demasiado pronto a que estimen la limpieza y a que consideren un orgullo el cuidado de su física expresión, que es el cuerpo. El aseo y la sencillez en el vestir debiera también de inculcárseles. Puede que alguien objete que esto conduce a la vanidad; pero yo lo dudo, y en todo caso, siempre sería la vanidad una falta más excusable que el ir desaliñado. Hay todavía gente que opina que la limpieza es como otro lujo, pero debiera considerársela—después de la comida—como la primera de las necesidades corporales. En todas las escuelas debieran existir duchas en profusión para permitir a todo muchacho que tomara no solamente su baño por la mañana, sino también después de los juegos de la tarde y con anterioridad a la hora de la cena.

También existen educadores parecidos que afirman que la buena educación no es más que un esmalte puramente artificial que se pone a la vida, a menos que sea la natural expresión de los buenos sentimientos y que estos sentimientos no son de esperar en los niños, deduciendo de todo esto que no habrian de serles enseñados a los demasiado jóvenes los buenos modales. Yo sostengo, por el contrario, que estos modales tendrían que serles enseñados a los niños desde la edad más temprana, de manera que estuviera pronto formado el canal para que afluyeran por él los buenos sentimientos al paso que fuesen desarrollándose.

A los niños de mi propuesta escuela yo les daría lo mejor—por los mejores—; pero también exigiría de ellos lo mejor. Formaría con ellos el futuro, y de la parte que cada uno de ellos jugara en la construcción de aquel futuro, haría el incentivo principal de la educación. Estimularía la ambición impulsándoles a ser héroes, genios, artistas, santos..., y en una palabra, «aristócratas». Pero al mismo tiempo imprimiría en su alma el sentimiento de la tremenda responsabilidad inherente a aquella prueba. Les haría ver que el hombre verdaderamente culto—el aristócrata—ha de exponer su propio modelo, ha de ser en sí mismo una luz, lo cual significa la necesidad de auto-disciplinarse conforme al ideal concebido por su yo superior, y por lo tanto, el deber de ser más exigente que con cualquier modelo propugnado por una autoridad externa. Así como el hombre que se prepara para una carrera se somete a una severa disciplina física, asimismo en la preparación para estas más grandes hazañas se pedirán un sacrificio y una disciplina mayores que las que se exigen a quienes no sitúan tan en lo alto sus ambiciones.

No es posible disfrutar de los privilegios de la aristocracia y de la mediocridad a un mismo tiempo; por lo cual expondría ya desde un principio ante mis niños la necesidad de escoger entre el cultivo de lo mejor que en ellos hay, confiando en ellos mismos, e induciéndoles a este efecto a someterse a rígida disciplina auto-impuesta, o el irse por los fáciles senderos de la mayoría. A la

mística escuela de Cheiron, el Centauro, acudían aquellos que habían de ser los héroes de Grecia, aceptando la disciplina que había de desarrollar en ellos las cualidades necesarias para «la vida noble».

Los que buscaban las más altas enseñanzas de los maestros de Sabiduría, asistían a las Escuelas de Filosofía. Hoy día, en cambio, ¿a dónde podemos dirigirnos para la instrucción en un noble vivir, en la sabiduría y en el heroísmo? Desde luego, no a las escuelas donde se enseña el moderno evangelio que invita a la feliz rivalidad entre los humanos en su carrera tras el logro de la riqueza.

La nobleza y el saber no son muy estimados en el mundo de hoy.

Mr. Bernard Shaw ha definido muy bien la idea que yo tengo de la escuela de la Aristocracia, diciendo que es «un insulto a Eton y a Oxford». La aristocracia fabricada en estos centros de enseñanza es demasiado limitada en su objetivo para poder desarrollar el ideal que antes he esbozado.

Mr. Appleton, el jefe de la Trade Union, supone que mi proyecto exacerbaría las luchas de clases. Veo por esto que no lo ha comprendido rectamente. Las luchas de clase sólo se originan cuando las clases de una comunidad carecen de la comprensión de los puntos de vista de las demás. En mi Escuela de Aristocracia lo mejor de cada clase estaría en condiciones de conocer y comprender a las otras. El aristócrata por herencia física llevaría a la escuela el valor de su cultura y refinamiento hereditario; pero aprendería, al mismo tiempo, a rendir honores a las obras de los aristócratas de las profesiones u oficios, del arte, de la ciencia y la mecánica, y todos aprenderían a ser aristócratas en el arte del vivir.

Debéis ante todo establecer vuestra meta

POR

JOHN A. INGELMAN

Aquellos de nosotros que han tenido el privilegio de oír a Krishnají o de leer sus libros o escritos, deben haber notado su constante reiteración de esta frase: «Debéis ante todo establecer vuestra meta». Éste es el primero y preciso requisito que pone ante nuestros ojos si deseamos conscientemente hacernos uno con la Vida, cosa que supone obtener la Felicidad en la Liberación.

Nos es dable comprender a todos que esto debe de ser así. Nuestro inconsciente movimiento al compás de la marea evolutiva, debe transmutarse en una intensa determinación y resolución de descubrir la Meta antes que nada, para luego encaminarnos a ella y alcanzarla. Cualquier empresa, cualquier cosa que emprendamos en la vida debe ir precedida de una clara percepción del objetivo, pues que tan sólo entonces nos será posible emplear nuestros esfuerzos de una manera inteligente y eficaz.

Dice Krishnají: «Es a través de la experiencia como llegamos a saber que la Meta del hombre se halla en su perfección, y que nunca conocerá la verdadera felicidad hasta tanto no la consiga.»

Cuando el hombre llega a la Meta de la perfección, conócese entonces como la Vida. Es ésta la nota que siempre revela el Gran Instructor.

La doctrina central del señor Buddha era el «Nirvana», si bien rehusaba describir aquel estado, declarando simplemente: «El Nirvana es.»

Los Instructores que ha tenido el mundo siempre han venido a libertar a los hombres de sus limitaciones y de sus ilusiones.

«La Libertad debe buscarse en lo más íntimo de vuestro ser; cada hombre hace de sí una cárcel.»

En las comparativamente escasas palabras que el Señor Cristo nos dejara en sus tres años de ministerio, se refería casi constantemente al Reinado de Dios. «El Reino de Dios se halla dentro de vosotros.» «Pero buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se resolverán dentro de vosotros.» «Dentro de vosotros os será dado conocer el misterio del Reino de los Cielos.» «En verdad, en verdad os digo que, a menos que el hombre renazca otra vez, no podrá ver el Reino de Dios.»

Siempre, y a través de todas las edades, el «Nirvana», la «Liberación», el «Reino de Dios» y la «Vida Una» han sido alcanzadas por los *pocos* y ardientes investigadores de la Verdad. En su libro *Conciencia Cósmica*, da el Dr. Bucke los nombres de cincuenta personas que, desde los tiempos del Señor Buddha, experimentaron en mayor o menor grado la iluminación de la conciencia cósmica.

Nuestro es el inconcebiblemente grande privilegio de tener al Instructor del Mundo entre nosotros. Es Él quien hace tañer nuevamente la nota clave de la Verdad, de la Verdad que es Vida. Este es siempre Su tema central; éste es Su misma esencia y desde aquel centro es de donde contesta Él a nuestras múltiples preguntas. Desde la cumbre de la montaña de rarificada atmósfera donde mora la Verdad Eterna en su sencillez, se ocupa Él en desenmarañarnos del sinnúmero de complicaciones que constantemente nos creamos.

«Debéis ante todo establecer vuestra Meta.»

«La obtención de la Verdad consiste en desplegar la vida y en darle la más amplia oportunidad para expresarse. Para mí el único objetivo, el único mundo verdaderamente eterno, es el mundo de la Verdad. El hombre que haya gozado de esta visión, incluso durante su lucha en este mundo, habrá ya establecido para sí mismo aquella Meta eterna. Por más que siga vagando por entre las cosas transitorias, por más que pueda perderse por entre las sombras, su vida irá siempre guiada e iluminada por la luz de aquella

Meta, que es, en sí, la liberación de todos los deseos, de todas las experiencias, de todos los sufrimientos, penas y luchas.»

Mas para obtener la comprensión de lo eterno, deben saber que la Verdad es una, que la vida es una, aunque esta vida se exprese en la multiplicidad de formas. Y, no obstante, todo el mundo se afana por buscar la unidad en la expresión de la vida, en lugar de buscarla en la vida misma.

«No hay ningún Dios externo.»

«Mi Bienamado y yo somos uno.»

Establecer la propia meta equivale a tener la certidumbre de la propia divinidad y, en este caso, nuestra libertad, nuestra sabiduría y nuestra felicidad estarán en exacta proporción con la comprensión que tengamos de nosotros mismos como partícipes de la Vida, de aquella Vida sin la cual la vida de nuestra personalidad no es más que un vano juego de sombras que se proyectan en nuestra alma.

La vida de los hombres y de las mujeres puede ser comparada a los movimientos de una ardilla encerrada en una jaula, girando incesantemente de uno a otro deseo, sin más propósito que el de saborear los fugaces placeres de los sentidos.

El factor que más poderosamente ayuda a romper este círculo vicioso es la visión de la Meta. Esta visión, con su oculto manantial que mana en lo más íntimo de nuestro ser, no se divisa hasta que la personalidad ha disminuído o refrenado en cierto modo su propio movimiento. Tan sólo cuando las ilusiones de la personalidad menguan en fuerza y se extinguen, aparecen revelados para nosotros los valores eternos.

El amor hacia nuestro prójimo y el servicio no egoísta, que equivale al amor en acción, dilata y, a su debido tiempo, rompe aquel círculo vicioso. Pero mientras no definimos nuestra verdadera Meta, no mana, no brota, no aparece en nosotros aquel amor profundo, grandioso y comprensivo que, en alegría perpetua e ilimitada, nos hace remontar hasta su misma fuente.

Mantengamos, pues, vívidamente en nuestras mentes la Meta aquella, mediante un intenso vivir en la Infinita Vida Una que penetra las cosas todas y de la cual somos nosotros la misma esencia. Así nos preservaremos contra todas las mezquindades y contra todos los abandonos y negligencias de nuestra personalidad.

Lo que nosotros contemplamos es aquello en lo cual nos convertimos por medio de nuestros esfuerzos y del poder de un Ideal. Cuando aquel Ideal es verdadero, cuando representa a nuestro propio Ser en el mundo de la Realidad, hace reaccionar, dilatar y elevar la conciencia de la personalidad hasta muy cerca de su propia belleza y esplendor. Entonces nos identificamos cada vez más con nuestra verdadera naturaleza, en la cual se hallan incluídas la perfección del futuro así como la imperfección del pasado.

«El conjunto de la naturaleza revela una marcha progresiva hacia una vida superior.» La evolución es, ciertamente, «una serie de progresivos despertamientos». Y a cada nuevo despertar pensamos: «Por fin he alcanzado la Realidad». Mas, ¡ay!, cuando volvemos a despertar, consideramos que nuestro anterior estado no era más que una ilusión. Todas las cosas del mundo están en su lugar correcto mientras necesitamos de ellas y hasta tanto no aprendamos algo más.

El gran Instructor Aryasangha, que vivió probablemente tres siglos antes de la Era cristiana, dijo:

«Aquello que no es luz, ni tinieblas, ni espíritu, ni materia, pero que es realmente la raíz y el causante de todas estas cosas, aquello eres tú. A cada nacer del alba proyecta la raíz su sombra sobre sí misma, y a esta sombra le llamas tú luz y le llamas vida; ¡oh, pobre forma muerta! Esta vida-luz se difunde y desciende por la senda escalonada de los siete mundos, aumentando en densidad y en tinieblas a cada peldaño que baja. Y es de esta siete veces séptuple escala de la que tú eres el fiel trepador y espejo, ¡oh, pobre criatura humana! Eso eres tú, y sin embargo, lo ignoras.»



ENSAYO SOBRE LA BELLEZA

Por PLOTINO

¿Cómo podremos educar, empero, esta interna visión? En el momento en que despierta por vez primera, no puede contemplar las bellezas demasiado deslumbrantes. Vuestra alma debe al principio acostumbrarse a contemplar las más nobles ocupaciones del hombre, y luego las bellas obras, no debiendo entender por tales las ejecutadas por artistas, sino las realizadas por hombres virtuosos. Más tarde podremos contemplar el alma misma de quienes ejecutan las bellas acciones. Mas, ¿cómo podréis descubrir la belleza que su alma excelente encierra? Penetrad dentro de vosotros y examinaos. Si todavía no descubrís en vosotros la belleza, haced como el artista que corta, pule y purifica, hasta que llega a impregnar su estatua con todas las bellezas de la visión por él concebida.

Extirpad, pues, de vuestra alma todo lo que es superfluo; aderezad todo lo que es torcido; purificad y alumbrad lo que aparece obscuro, y no ceséis en la perfección de vuestra estatua hasta que el divino resplandor de la virtud ilumine todo aquello que nuestra vista es capaz de alcanzar, hasta tanto no sintáis la templanza afirmada en vuestro ser con toda su sagrada pureza. Cuando hayáis alcanzado esta perfección; cuando la veáis en vosotros mismos; cuando dejéis de sentir en vosotros obstáculos a la unidad; cuando nada externo pueda alterar la simplicidad de vuesta interna esencia; cuando seáis en vosotros mismos una luz verdadera, inmensurable, no circunscrita por figura alguna entre límites estrechos, inacrecentable por haber llegado a la infinitud, y completamente inconmensurable por transcender a toda medida y cantidad; cuando así os hayáis tornado, entonces, estando en vosotros mismos la visión, ya no habréis menester de otro guía. Entonces habréis de observar atentamente, pues que sólo por medio del ojo que desde entonces se abrirá en vosotros os será dado percibir y contemplar la suprema Belleza. Mas si intentáis posar en ella un ojo velado y maculado por el vicio, un ojo impuro o débil que no pueda soportar el esplendor de tanto objeto brillante, entonces no veréis nada en absoluto. Será condición precisa, para ver, que el órgano visual se convierta en algo análogo o similar al objeto de contemplación. Nunca viera el ojo al sol luminoso si antes no asumiera su forma, y, de modo parecido, nunca podría el alma contemplar la belleza, si antes no se embelleciera a sí misma.

Para lograr la visión de lo bello y lo divino, debe el hombre embellecerse y divinizarse.

LA CALLADA SINFONÍA DE LO ETERNO

POR

RABINDRANATH TAGORE

Desciendo a las profundidades del mar de las formas en busca de la perla perfecta.

No más, ya, este navegar de puerto en puerto, con el frágil y viejo bajel de los naufragios. Ya pasaron mis días en que gozaba al ser juguete de las olas.

Y ahora tengo ansia de morir en lo inmortal.

Llevaré el arpa de mi vida al tribunal que está junto al abismo sin fondo de donde sube la música no tocada.

Y acordaré mi música con la música de lo eterno, y cuando haya cantado su último sollozo, pondré mi arpa callada a los pies del silencio.

Agentes de LA ESTRELLA

ESPAÑA

ALCAZAR DE SAN JUAN. . . .	D. Rosendo Navarro, Semanario «Crispín».
ALCOY.	D. Rafael Llorens, Librería Llorens.
ALICANTE . . .	D. Emilio Reig, Plaza de Isabel II (Librería).
ALMANSA . . .	D. Enrique Martínez Saus, Aniceto Coloma, 97.
BARCELONA . .	Doña Pepita Camprodón de Villard, Diputación, 168, 3.°, 2.ª.
BILBAO	D. Ricardo G. Gorriarán, Conde de Mirasol, 5 (Librería).
CÁDIZ	D. Jacinto Anaya Casto. Sagasta, 35.
CARCAGENTE . .	D. Leandro Getino, Estación Férrea.
CATALUÑA . . .	Agente general, D. Saturnino Torrá, Pta. del Angel, 24.
CÓRDOBA. . . .	D. Rogelio Luque, Diego León, 8 (Librería).
FRAILES (Jaén) . .	D. Antonio Castro, San Antonio, 9.
HUELVA	D. Gregorio Lozana, Bailén, 35, pral.
IBI (Alicante).. . .	D. Julián Piñango, Apartado de Correos «El Alcait».
IGUALADA . . .	D. Francisco Girbau Prats, Carmen Verdaguer, 6.
ISLAS BALEARES.	Medinas y Gelabert, kiosco de periódicos, Plaza del Olivar.—Palma de Mallorca.
JAÉN	Agente general para toda la provincia: D. Juan Zamora.—Torres de Albanchez.
JATIVA.	D. Samuel Sanchís, Plaza de Postas.
LA LINEA (Cádiz).	D. Juan Benavente, Méndez Núñez, 1.
MADRID.	Doña María Rebeca Olano, Leganitos, 48.
MALAGA	D. Ricardo García de la Torre, Plaza de la Arriola, 20.
MANRESA . . .	D. José Saumell, Santa Clara, 21, 4.°, 1.ª.
MATARÓ	D. Rafael Cisneros, San Rafael, 31 (Relojería).
MELILLA	Doña Carmen Sierra de Almeida, Prim, 10.
NERVA (Huelva). .	D. Luciano González, El Callao, 3.
SABADELL . . .	D. Juan Mas y Roca, Argüelles, 82.
TARRAGONA . .	D. Francisco Menasanch, Conde de Rius, 12.
TARRASA. . . .	Doña Carmen Bendranas, San Isidro, 79.
TOLEDO.. . . .	D. Fernando Molina, Sillería, 20.
VALENCIA . . .	D. Marcos Martínez, Clarachet, 11, pral.

Agente Viajero: Don Salvador Sendra

REPÚBLICA MEXICANA

CIUDAD DE MÉXICO: D. F. Don Manuel Martiarena, Calle de Ocampo, 3
CIUDAD DE MÉRIDA. YUCATAN: Sra. D.ª Emilia Sales de Escalante, Ap. 136.



Se ruega atentamente a todos los señores Agentes se sirvan comunicar a esta Administración inmediatamente que reciban el envío de la Revista.

Se les suplica igualmente se sirvan hacer sus liquidaciones de venta de ejemplares y suscripciones mensualmente.

Se solicitan Agentes en las poblaciones de España no mencionadas en esta página. Escríbase pidiendo detalles a la Editora, Sierpes, 78, Sevilla.

Se encarga a los Agentes que envíen sus pagos directamente al Tesorero, Don Máximo Maestre, Cava Alta, 11, bajo, Madrid, y la especificación de ellos a la Editora.